Eduardo Eduardo Galeano. *Espejos: una historia casi universal*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

*Los espejos están llenos de gente.
Los invisibles nos ven.
Los olvidados nos recuerdan
Cuando nos vemos, los vemos.
Cando nos vamos, ¿se van?
(Eduardo Galeano, *Espejos*)*

Al igual que en un poema, que dice mucho con pocas palabras, las viñetas de Eduardo Galeano se constituyen en “momentitos” de la historia grande, en fragmentos de la historia de la humanidad. Su más reciente libro, *Espejos: una historia casi universal* (2008), nos permite penetrar en las “verdades” subyacentes “de los muchos mundos que el mundo contiene e ignora”. El texto perpetúa el estilo creado por Galeano a lo largo de su trayectoria escritural, quien había roto con las fronteras que separan los tradicionales géneros literarios. Resulta inclasificable porque combina narrativa, ensayo, poesía épica, crónica y testimonio; de ahí que Galeano haya sido calificado de innovador en su encuentro con la historia. Su preocupación por ella —había señalado el autor— proviene de su desilusión con la historiografía como asignatura académica: “historia de momias, un largo desfile militar lleno de batallas y numeritos, casi siempre heroica”.¹⁷ El escritor uruguayo fabula otro modo de contarla: aligera la densidad de la disciplina histórica, despierta el interés del lector y proporciona, además, por decirlo en palabras de Barthes, “el placer del texto”. Al lenguaje claro y accesible que predomina, se inserta el desgarrón verbal que indiscutiblemente produce ambigüedad, belleza y poesía. Aunque inspiradas en una base documental rigurosa, sus historias se tiñen de una gran dosis de libertad literaria.

Por otro lado, la estructura del libro resulta tan seductora como los relatos que narra. Sus comprimidas viñetas, cuyos títulos anuncian la cadena de metáforas de las que se impregna el texto, se instalan como minúsculas piezas que conforman el gran mosaico de la aventura humana. Se trata de una colección enciclopédica en la cual se sigue —en la mayoría de los casos— un orden cronológico que se inicia con los mitos cosmogónicos y culmina en nuestros días. Estos recuadros se erigen como cantera de información y de descubrimientos a los que el lector accede desde cualquier página del texto sin necesidad de recurrir al acostumbrado orden lineal.

Galeano es recordado por su más aclamada pieza, *Las venas abiertas de*

¹⁷ Entrevista con María Esther Giglio, *EmerGentes*, 1986.

América Latina (1971), en la cual denuncia la explotación foránea de la que ha sido objeto el “maltratado” continente latinoamericano. Este proyecto lo impulsó a viajar por casi toda América Latina para documentarse, acumulando libros, informes técnicos y testimonios de primera mano. Es un texto que interroga los acontecimientos históricos del continente desde la realidad de la injusticia social que padecen sus pueblos, constituyéndose en una suerte de Biblia para la izquierda latinoamericana. Irónicamente, durante su primer año de publicación, no tuvo mucho éxito en América Latina. *Las venas abiertas* repitió el destino de la narrativa del *boom* latinoamericano, al establecerse primero en Europa y Estados Unidos, con un explosivo éxito de mercado, otorgándole trascendencia continental a su autor.

Luego de una violenta crisis de salud, el escritor uruguayo regresa con *Espejos*, para ofrecernos la contraparte de un trabajo anterior, la monumental trilogía que compone *Los nacimientos* (1982), *Las caras y las máscaras* (1984) y *Siglo del viento* (1986), recogidos bajo el título de *Memoria del fuego*. Allí, tan sólo contaba el devenir de América Latina; en *Espejos*, se trata de una “historia casi universal”, donde el pasado y el presente se unen en casi seiscientos microrelatos que componen la obra, intercalando el devenir de toda la creación. Eso sí, echamos de menos las fuentes bibliográficas que, en *Memoria*, al ser una obra más extensa, formaban parte de su estructura, pues —como ya se ha señalado— ambos trabajos se apoyan en una sólida base documental. Desde el umbral de *Espejos*, el escritor da noticia de haberse visto obligado a suprimirlas, al advertir que ocuparían más páginas que los relatos del libro. Para los estudiosos de su obra y para el curioso lector, resultaban de indiscutible valor; sin embargo, ello es muestra de la monumental erudición que sustenta el trabajo.

Espejos, además, eterniza la óptica de su antecesor, al revisar la realidad desde una postura ética. Un narrador impersonal —con ironía y crítica sagaz— nos acerca a la voz anónima y múltiple de los olvidados de esta tierra. El torrente de historias, relatos, mitos y leyendas que provee su contenido, son recuentos de alguna verdad en el fondo dolorosa, evidenciando la injusticia social y el inacabable agravio que inflige el orden oficial sobre el individuo. En ellas, toma partido de la mujer, del desvalido, de aquellos no incluidos en los anales de la historia oficial. Delata los estragos ecológicos, los efectos negativos de la globalización y condena las invasiones, los bombardeos y los golpes militares apoyados por los Estados Unidos. Hay que reconocer la encomiable labor de Galeano en el manejo de tan vasta información, sintetizada en viñetas sencillas y coloquiales, en las que la minucia “histórica” consigue deleitarnos: salta a la vista la lista de viñetas con títulos de “fundaciones” (“Fundación de los cuentos de hadas”, “Fundación de la mesa francesa”, “Fundación del ascensor”, hasta la “Fundación del croissant”), que podrían parecer temas “livianos”; sin embargo, sorprende al encontrarse ligadas a elementos de gran peso histórico. Otras viñetas, cuyos títulos parecen más serios (“Fundación de la inseguridad

ciudadana”, “Fundación de la pérdida de libertad de presión”, “Fundación de los campos de concentración”, entre otros), avientan la mirada hacia lo que no se debe olvidar. La serie de fragmentos denominados “prohibiciones” (“Prohibido ser pobre”, “Prohibido reír”, “Prohibido cantar”, “Prohibido sentir”, prohibido “ser patria”, “ser anormal”, “ser obrero”, “ser campesino”, “ser fértil”) son formas de convocar el mecanismo de la historia como discurso de disidencia e indignación ante atropellos vivenciales no registrados por la oficialidad. Su particular forma de apalabrar los hechos es una invitación a explorar más allá de la apariencia de las cosas.

Y es que Galeano ha querido actualizar el pasado, otorgándole carácter de urgencia al presente, con proyección de futuro. A pesar del dolor que destilan muchas de sus viñetas, en ellas subyace, explícita o no, la negación de ilusiones perdidas. Tres de las viñetas que cierran el texto, “Continuidad del camino”, “Peligro en la noche” y “Objetos perdidos”, reiteran el optimismo utópico que ha caracterizado la obra y el pensamiento de nuestro autor. En ellos se implica un orden mítico que restaura constantemente los “andares”, “deseares” y “decires”, al parecer, ya perdidos; en las “almohadas” se recogen y guardan los “sueños” no alcanzados —aunque en permanente latencia— más allá de los tiempos y de la muerte. El narrador pregona la inaprensible certeza de que ellos todavía se encuentran en la tierra, pues en la luna “los astronautas no han encontrado sueños peligrosos [para el orden público, claro está], ni promesas traicionadas, ni esperanzas rotas. [...] ¿Será que en la luna no se perdieron? ¿Será que en la tierra se escondieron?”.¹⁸

El escritor uruguayo había señalado que el valor de un texto bien puede medirse por lo que desencadena en quien lo lee. Galeano certifica un pasado para comprender mejor el presente; logra penetrar en la conciencia del lector al conducirlo hasta el hondón de la “otra” historia, la que apuesta —como Martí— por los pobres de esta tierra. Es su forma de ayudarnos a “mirar”, de comprometernos como seres humanos. Otra vez, de sus escritos, más allá de una regia factura literaria, recibimos una innegable lección de vida.

Ivonne Piazza de la Luz
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

¹⁸ Eduardo Galeano, *Espejos: una historia casi universal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008; p. 339.